

ESTELLE MASKAME

LAS DOS CARAS DE KAI

CROSS
BOOKS

ESTELLE MASKAME

**LAS DOS
CARAS
DE KAI**

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2020
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *The wrong side of Kai*
© del texto: Estelle Maskame, 2019
© Black and White Publishing, Ltd., 2019 como editores originales de la obra
Publicado mediante acuerdo con VicLit Agency
© de la traducción, María Cárcamo, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: octubre de 2020
ISBN: 978-84-08-23289-6
Depósito legal: B. 17.765-2020
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1

—¿Cómo es Harrison en realidad?

Casi escupo el vodka que tengo en la boca. Me lo trago y me vuelvo hacia Chyna. Está sentada en el borde de la encimera, rodeada de botellas y balanceando las piernas. Me mira con una ceja levantada e intenta no reírse. Es un cambio de tema repentino, hace un momento estábamos intentando averiguar dónde se habían comprado las demás esos modelitos tan monos.

Levanto la copa con indolencia —una mezcla con demasiado vodka barato para tan poco frescos— y me encojo de hombros.

—Está por encima de la media. Desde luego sabe lo que se hace.

Chyna suelta por fin esa carcajada.

—¡Me refería a su personalidad!

—Ah. Un poco aburrido, la verdad.

Vuelvo a mirar al salón. No la soporto, pero tengo que admitir que Madison Romy siempre se las apaña para montar buenas fiestas cuando sus padres se van de viaje de negocios. Ahora mismo están en Florida, así que la casa de Romy se ha convertido en una especie de club social. Gran parte de

nuestra clase de último curso está aquí; hay demasiados cuerpos moviéndose y demasiadas voces gritando a la vez. La música está alta y el bajo retumba. Maddie Romy es la única con una casa lo bastante grande como para organizar algo así. Ese tipo de fiestas en las que el alcohol nunca se acaba, no aparece ningún padre y todo el mundo pretende conseguir algo. Al principio eran divertidas, pero ahora son... predecibles. Y lo predecible es aburrido.

Miro a Harrison Boyd. Está apoyado contra la pared del fondo, bebiendo cerveza mientras bromea con algunos chicos del equipo. Se rasca la sien, como hace siempre. Echa un vistazo a la multitud y me pillá observándolo. Sonríe y me guiña un ojo. Llevamos un par de meses enrollándonos, así que sé exactamente qué significa ese guiño. Se ha vuelto muy familiar, muy rutinario. Significa que, en algún momento de la noche, nos escabulliremos a la planta de arriba. Significa que sus labios se encontrarán con los míos.

Le sonrío, deliberadamente tímida, me aparto el pelo por detrás del hombro y me doy la vuelta, centrándome otra vez en Chyna. Harrison no es el único que sabe tontear.

—¿Sigo haciéndome la dura?

—Puedes seguir intentándolo —dice Chyna mientras se baja de la encimera—, pero caerás en cuanto te susurre pampas ñoñas al oído. —Pone la voz grave y se inclina hacia mí—: «Oye, Vanessa. Soy yo, Harrison. ¿Cómo estás, nena?».

La empujo intentando aguantarme la risa.

—¡Cállate!

La gente que está en la cocina nos mira raro. No es que mi historia con Harrison Boyd sea un secreto, pero no quiero que todo el mundo se meta en mis asuntos. Me bebo el resto de la copa de un trago y tiro el vaso a la basura.

—Voy a hablar con él.

Jugueteo con mi pelo y me ahueco las ondas. Luego saco

el brillo de labios y me lo pongo. Quiero estar lo más guapa posible para Harrison. Llevamos toda la noche evitándonos y, una vez más, soy yo la que tiene que ceder y dar el primer paso. No estaría mal que él tomara la iniciativa de vez en cuando, pero Harrison es demasiado chulito para ir detrás de nadie.

—Ve a por él, nena —me anima Chyna—. Pero Isaiah nos viene a recoger en un rato, así que no desaparezcas, ¿vale? Ah, y usa protección.

—Como siempre —replico.

Hago un gesto con los labios brillantes y le lanzo un beso con la mano. Ella lo coge, hace como que se lo mete debajo del vestido y me lanza uno a mí. Es algo que hemos hecho siempre.

En el primer año de instituto, el padre de Chyna consiguió un trabajo nuevo en Cincinnati y, cuando se fue, nos lanzamos un montón de besos y fingimos esconderlos para que nos duraran para siempre. La mudanza fue muy dramática, pero al final su padre dimitió tres meses después y volvieron a casa. Chyna y yo nunca hemos dejado de lanzarnos besos desde entonces.

Salgo de la cocina y voy directa hacia Harrison. Es casi medianoche, así que no tengo mucho tiempo hasta que venga el hermano de Chyna a recogernos. Ya hay bastante gente apelotonada en los sofás, luchando por seguir despiertos, mientras que los demás aún esperan a que se les pase el puntillo. Harrison y yo siempre nos hacemos los duros, siempre tonteamos en la distancia, siempre nos liamos como si no pasara nada, incluso cuando sabemos que no vamos a tardar mucho en arrancarnos la ropa el uno al otro.

Me toco las puntas de la melena conforme me voy acercando a Harrison y sus amigos; me ajusto la falda para mantener las manos ocupadas. Me la subo un poco, mostrando aún más las piernas. Y entonces...

Mierda.

Choco con algo, se derrama una bebida sobre mí y hay un vaso aplastado entre mi cuerpo y el de otra persona. Tengo que dejar de mirar hacia Harrison para recuperar mi visión panorámica. Vuelvo a ver toda la fiesta y me fijo en la persona que está delante de mí.

No lo reconozco de inmediato, lo cual es raro, puesto que tengo controlados bastante bien a todos los de mi clase. Da un paso atrás y se mira los pantalones, muy poco impresionado por el líquido que resbala por la tela.

—Vanessa. —Oigo a Chyna hablándome como si fuera un bebé al que está cuidando. Se acerca por detrás, me agarra del codo y tira de mí hacia ella—. Discúlpala, es un poco torpe —dice con timidez. A continuación, se acerca a mi oído y susurra—: Nena, mira por dónde vas.

El chico levanta la cabeza y me observa. Aunque ahora le veo toda la cara, sigo sin reconocerlo. Sus ojos azules resaltan con el bronceado de su piel, y tiene el pelo ondulado y corto, rapado por los laterales y más largo en la coronilla. No va al Westerville North; si lo hiciera, seguro que al menos me sonaría.

—Eso, Vanessa —suelta de broma. Pronuncia mi nombre como con peso, como si le divirtiera en lugar de enfadarle. Arruga las cejas y no puedo evitar fijarme en que tiene un corte en una de ellas—. Ten cuidado.

Sonríe con socarronería y pasa a nuestro lado para luego desaparecer entre la multitud de la cocina.

Huelo el aire, inhalando el aroma que ha dejado su colonia antes de que se evapore, y miro a Chyna.

—¿Quién era ese?

—¿Qué más da? —contesta. Me señala con un gesto el salón al que se supone que debería estar dirigiéndome—. ¿Vas a ir a por Harrison o no?

Es verdad. Harrison.

Me tomo un segundo para recomponerme y me pongo de nuevo en marcha. Harrison y sus amigos siguen bromeando y yo consigo meterme en el círculo empujando a codazos a Noah Diaz y Anthony Vincent. Harrison me mira de inmediato.

—Harrison, ha llegado tu polvo —bromea Anthony, y golpea a Harrison con el hombro.

Noah baja la vista y da un trago a su cerveza. No hace mucho, me enrollaba con él. Pero no pasa nada. Los tíos con los que me lío ya saben lo que hay: que solo es un rollo y que tengo fecha de caducidad.

—No te pongas celoso, Ant —digo sonriendo. A continuación, le paso el brazo por encima de los hombros y le planto un beso en la mejilla.

—Oye —dice Harrison, y carraspea.

Aprieta los labios, fingiendo molestia, aunque me doy cuenta de que tiene la boca torcida e intenta no reírse. ¿Que qué es lo mejor de los rolletes? Que no existen los celos. No existe el intentar controlar el comportamiento del otro. No nos debemos nada.

Nuestras miradas se cruzan e inclino la cabeza hacia un lado, con una expresión neutral.

—¿Necesitas algo?

Harrison suelta una carcajada y me coge de la muñeca para acercarme a él. Nuestros pechos quedan pegados, su mirada se refleja en la mía y nuestras bocas están a tan solo unos centímetros de distancia. Me coloca una mano sobre su cuello y noto la energía cálida de su piel.

—¿Has estado evitándome toda la noche? —susurra en voz tan baja que casi no puedo oírlo con la música.

—Podría preguntarte lo mismo.

Rozo sus labios con los míos, jugando. Quiero ser seduc-

tora, así que pestañeo un poco más de lo normal. Noto que Noah y Anthony se van para darnos privacidad a pesar de que estamos rodeados de gente bailando. Pero a nadie le importa. Las fiestas están para esto. Es más, estoy casi segura de que Matt Peterson y Ally Forde se estaban metiendo mano hace un momento en el sofá.

—Vale —dice de pronto Harrison. Me sujeta la cara con las manos y me acaricia la mejilla con el pulgar—. Vamos a dejarnos de rollos —susurra suavemente. Le huele el aliento un poco a cerveza. Tiene una sonrisa vaga, chulesca, y los ojos entrecerrados—. ¿Subo yo, o vas tú primero?

No lo dudo ni un segundo. Llevo toda la noche aburrída y me muero por calentar un poco las cosas. Cojo a Harrison de la mano para cruzar el salón. Me coloca la otra en la cintura, y siento su piel caliente sobre la mía. Veo que Noah nos está siguiendo con la mirada por todo el salón. Y no solo él.

—¿Qué cojones están haciendo estos aquí? —suelta Harrison con la voz áspera, y me suelta la mano. Se va de mi lado hecho una fiera.

Lo miro marcharse, cada vez más agitado, y me pregunto qué podría haberle llamado la atención más que yo. Y, entonces, advierto la pelea que se está formando en la cocina. Desde mi posición, lo único que puedo averiguar entre la multitud de gente abalanzándose hacia el revuelo es que varios chicos del equipo de fútbol rival de nuestro instituto han decidido aparecer en la fiesta. Y, por lo que parece, no estaban invitados, ni son bien recibidos.

La rivalidad entre Westerville North, Central y South es demasiado evidente. Sobre todo entre el North —nosotros— y el Central. La semana pasada jugamos contra el Central. Normalmente me da un poco igual el fútbol, pero fui a ese partido solo porque sabía que quedaría con Harrison después. Perdimos, para sorpresa de nadie, pero lo mejor del

partido, lo único realmente apasionante, fue la trifulca que se armó en el campo durante el tercer cuarto.

Y parece que todavía no ha terminado.

Me abro camino entre la gente hacia la cocina, hacia Harrison, pero Chyna aparece de nuevo a mi lado, tan deprisa que sus trenzas me dan un coletazo en la cara.

—Nunca entenderé por qué los tíos de los institutos se comportan como si jugaran en la liga nacional —dice, pero yo solo la escucho a medias. Estoy de puntillas, intentando ver el enfrentamiento—. No es para tanto, pero la verdad es que ver tanto ego dañado es bastante entretenido.

—Son los chicos del Central, ¿verdad?

—Sí. ¿Se me permite decir que su equipo está más bueno que el nuestro? —Se abanica la cara con la mano de forma dramática—. Russell Frederick, madre mía. No le diría que no a ese pelirrojo.

Hablando de Russell Frederick: va muy determinado hacia Noah Diaz. No sería fútbol de instituto si no fueran los *quarterbacks* de los equipos los que se pelean. Estoy segurísima de que en algún sitio hay una placa de mármol en la que está grabada esta norma. Russell tiene detrás a un montón de jugadores del Central apoyándolo, y detrás de Noah están los jugadores de nuestro equipo. Los jugadores del North. Harrison.

—El resultado fue... duro —oigo decir a Russell. Parece como si estuviera hecho de piedra, lo prometo. Tiene los hombros anchos como un puente. Ladea la cabeza y mira a Noah—. Yo también habría llorado.

—¿De verdad quieres que te deforme aún más esa cara que tienes? —responde Noah cerrando el puño, listo para golpear si le calientan lo suficiente.

Se oyen murmullos y gruñidos. Los jugadores se insultan y se burlan los unos de los otros.

Me abuuurrooo. Estoy tan harta de esta rutina que todo este drama fiestero ya ni me emociona.

—Oye, Harrison, ¿quieres probar otra vez estas manos?
—grita uno de los tíos del Central.

Cuando ubico la voz, me doy cuenta de que es el de piel bronceada y olor apetecible con el que me choqué hace unos minutos. Por eso no lo reconocía, va al Westerville Central y ha venido a la fiesta con el resto del equipo, con ganas de marcha. Y le está gritando a Harrison, ni más ni menos.

Qué mala idea. Como era de esperar, Harrison se inclina hacia delante, enfadado y en busca de pelea. Uno de los jugadores del Central le dio un puñetazo y le partió el labio en el altercado de la semana pasada, seguramente el mismo tío que le acaba de gritar ahora. La semana pasada le di besos para curarlo; igual hago lo mismo esta noche.

Cuando Harrison se lanza corriendo hacia el equipo contrario, todo el mundo se desata. Yo observo la escena indiferente mientras Noah se abalanza sobre Russell, Anthony empieza a dar puñetazos al aire y Harrison agarra a este tío misterioso que claramente tiene algún tipo de problema con él. Tíos. A veces los odio. Es muy fácil herirles el ego; están desesperados por demostrar lo que valen.

Hay muchos gritos y manotazos, todos vitorean y animan a nuestros chicos para que echen de la cocina al equipo del Central y se acercan cada vez más a donde está la acción. Un par de chicas gritan para que paren, pero nadie intenta siquiera parecer civilizado. Lo único en lo que soy capaz de centrarme yo es en Harrison. Ha inmovilizado a un tío contra la encimera, aunque este es rápido y fuerte. Consigue escabullirse, coge el primer vaso que encuentra y le tira a Harrison la bebida al pecho.

La voz chillona de Maddie Romy llega rápidamente a la cocina abarrotada de gente.

—¡Ya está bien! ¡Mis padres me van a matar si destrozáis la casa! —grita. Agita los brazos sin parar. De pronto se detiene la pelea y todos los chicos se quedan paralizados, para mi sorpresa. No esperaba que nadie escuchara las súplicas de Maddie. Harrison mira su camiseta mojada con rabia—. Seguid con esta mierda fuera si queréis. Es una fiesta del North, no del South, y menos aún del Central. —Maddie arruga la nariz y señala la puerta. Estoy bastante impresionada con su repentina autoridad—. Idos si no habéis sido invitados.

Los jugadores del Central se marchan dando golpes con los hombros a todos los que se encuentran en su camino. El chico que le ha tirado la bebida encima a Harrison sonríe con chulería cuando se cruza con él, pasándose una mano por el pelo. Levanta la vista un momento y juraría que me está mirando a mí, con unos ojos atrevidos que hacen que se me encoja el estómago. Pero deja de mirarme enseguida. Ojalá supiera su nombre para poder referirme a él mentalmente de una forma que no sea «tío-bueno-al-que-le-tiré-la-bebida».

Como una manada de lobos, él y su equipo se van, refunfuñando en voz baja. En cuanto desaparecen, todo vuelve a la normalidad, como si nunca hubieran estado aquí. La música suena de nuevo, el círculo de gente que se había formado en la cocina desaparece y vuelven las voces y las risas.

—Tengo que ir a curar el ego de Harrison —le susurro a Chyna, que se ríe y me da un codazo mientras me mira alzando sus perfectas cejas con picardía. No necesito que me convenzan.

—Kai Washington... —oigo a Harrison murmurar cuando lo alcanzo. Vuelve a mirarse la camiseta, empapada y pegada a su tonificado torso—. Está empezando a tocarme las narices de verdad.

Pues yo sé cómo se llama, creo. Kai Washington.

Intento centrarme en Harrison, pero la verdad es que no me importa un bledo esta rivalidad futbolística, así que me doy prisa por intervenir antes de que él pueda decir nada más.

—¿Qué más da? Si tampoco vas a estar mucho tiempo más con la camiseta puesta. —Conforme van saliendo las palabras de mi boca, agarro la tela empapada y lo arrastro escalera arriba, desesperada por dejar atrás lo que queda de fiesta y sentir sus manos sobre mi piel.

Los dos tenemos mucha energía después de la pelea: Harrison, por el subidón de adrenalina, y yo, porque esa mirada intensa que me ha lanzado Kai Washington ha hecho que una corriente eléctrica recorra todo mi cuerpo. Aparto ese pensamiento y devuelvo mi atención a Harrison.

Subimos juntos a trompicones. Vale, ninguno va precisamente sobrio, pero qué más da, nos gusta así. Matt Peterson y Ally Forde se han trasladado del sofá a la planta de arriba y se están comiendo la boca contra la pared. No se dan cuenta de que Harrison y yo pasamos por su lado y desaparecemos por la primera puerta que encontramos. Ni siquiera enciendo la luz, me da igual de quién sea la habitación.

Aferro la camiseta de Harrison con más fuerza y lo atraigo hacia mí, aplastando mi pecho contra el suyo al mismo tiempo que su boca encuentra la mía. Perdemos el equilibrio en la oscuridad, nos golpeamos contra los muebles y nos pisamos sin querer. Oigo la música como un eco por toda la casa, amortiguada y distante tras la puerta cerrada.

Harrison me atrapa el labio inferior con los dientes. Mis manos tiran con fuerza de su pelo. Me está agarrando el culo. Lo beso más fuerte. Nos derrumbamos sobre la cama y me monto en sus caderas, inclinándome hacia delante para besarle la mandíbula y el cuello.

—Vanessa —dice Harrison de pronto, cogiéndome la

cara con suavidad con las dos manos—, ¿puedo preguntarte una cosa?

Me quita de encima y se estira para encender la luz de la mesita de noche, que ilumina toda la habitación. Puedo verlo otra vez, su pecho sube y baja a mi lado; le cuesta respirar. Tiene la camiseta levantada, mis manos están apoyadas sobre su pecho desnudo y lo observo perpleja por la interrupción. Su tono ya no parece tan juguetón, y sus ojos solemnes tampoco son algo normal en él.

—¿Ahora? —Me río y aprisiono sus labios con los míos para que se calle. Intento que el beso sea todo lo intenso posible para distraerlo, pero esta vez el truco no funciona.

Me aparta de nuevo y se incorpora un poco a mi lado, apoyándose en el codo. Se lo ve tan serio que empiezo a dudar que esté borracho.

—Verás —dice, y se aparta el pelo rubio de la cara con un movimiento rápido de la cabeza—. El mes que viene, algunos de los chicos y yo vamos un par de días al monte Mad River a esquiar. Se han apuntado algunas de las novias, y he pensado que a lo mejor tú también podrías venir.

No suena mal, me gusta esquiar. Pero, aun así, el miedo se apodera de mí. Harrison... ¿me está pidiendo salir? ¿Va en serio? Quiere que vaya a esquiar con él y sus amigos, para mí eso es bastante serio. Solo puede significar una cosa... Quiere dar un paso más. Quiere más de mí, que pasemos tiempo juntos como una pareja; pero yo no puedo darle eso. Ni hablar. De pronto mi estómago parece como una lavadora centrifugando, dando saltos a toda velocidad mientras intento no vomitar.

Tengo que decirle que no.

No puedo dejar que nadie entre en mi vida. Así, no. No puedo arriesgarme.

Así que, ladrillo a ladrillo, construyo un muro de defensa entre Harrison y yo.

—Espera, espera —digo, y me incorporo rápidamente. Sigo teniendo la mano en su pecho desnudo y noto lo rápido que le late el corazón. La habitación se ha quedado en completo silencio y parece que la fiesta ha remitido—. ¿Me estás pidiendo salir?

—Simplemente he pensado que podría ser divertido...

—Nada de citas, Harrison Boyd —replico, moviendo el dedo índice de un lado a otro con una sonrisa chulesca para enmascarar el pánico que me ha asaltado.

Ya hablamos de esto en verano, cuando lo besé por primera vez en su camioneta. Me había ido a recoger después de habernos pasado el día entero tonteando por mensajes, y no dudamos ni un segundo en ponernos al lío enseguida. Dejamos claro que solo era un rollo y que esto no iba a significar nada más. Diversión pura y dura. Nada serio.

—Solo es un rollo, ¿recuerdas?

Lo sepa o no, yo acabo de tomar la decisión de poner fin a nuestra historia. No me queda otra. Siempre desaparezco si la otra persona muestra alguna señal de querer algo más. Me gusta Harrison. Está muy bueno y sabe cómo usar las manos. Además, no es tan egocéntrico como sus compañeros de equipo. Pero no me gusta de esa manera. Me he dado cuenta de que las relaciones «reales» me acojonan. Siempre terminan y siempre hay alguien que sufre por ello, de una manera u otra. Me es imposible no pensar que siempre, de forma inevitable, pierdes a la persona de la que te habías enamorado.

No puedo evitarlo. De pronto, y sin que nadie lo haya invitado, mi padre aparece en mi cabeza y veo su imagen actual: un hombre con el corazón hecho cenizas y un profundo vacío en los ojos. No quiero acabar como él.

Harrison gruñe y recobra mi atención.

—A veces me cuesta mucho saber qué estás pensando.

—¿Esto también te cuesta? —le pregunto mientras me inclino de nuevo sobre él, distrayéndolo y volviendo a tumbarlo en la cama.

Le cojo la cara con las dos manos y le acaricio suavemente los pómulos con las uñas mientras presiono los labios en la suave piel de su cuello. Lo beso hasta que llego a la clavícula, donde le hago un buen chupetón que tardará toda una vida en desaparecer; algo para que me recuerde, porque, después de esto, no volveré a besarlo nunca más.

—Vanessa —murmura Harrison. Exhala mientras su cuerpo se relaja debajo del mío. Tiene una mano sobre mi espalda y con la otra juguetea con mi pelo.

Me separo de él solo para poder quitarle la camiseta mojada. La tiro a un lado y vuelvo a subirme sobre él, esta vez con una sonrisa seductora. ¿Que cuál es mi parte favorita de todo esto? Jugar. Volverlos locos. El hambre que veo en sus ojos. El control que tengo sobre ellos. Como si fuera lo único sobre lo que tengo el control.

Aunque, ahora mismo, toda esta actuación pretende distraerme tanto a mí como a Harrison. Centro toda mi energía en agradarlo para intentar detener la vorágine de pánico que hay en mi cabeza.

Me acerco más a Harrison mientras él fija la mirada en mí. La tela vaquera de sus pantalones roza mis muslos desnudos. Me gusta pensar que tengo talento para el contacto visual, nunca lo rompo. No aparto la vista de Harrison mientras me hago la inocente: juego con mi pelo, me muerdo el labio y finjo que no sé muy bien qué estoy haciendo.

—Qué buena estás, Vanessa —susurra Harrison—. No puedo contigo.

Tiene razón: no puede conmigo. Pero al menos ahora está disfrutando y dejándose llevar por la adrenalina y el deseo.

—Sonríe —me pide. Entonces me doy cuenta de que ha

sacado su teléfono y lo sujeta con picardía—. ¿Y si hacemos un vídeo?

Y acepto.

Sonrío mirando directamente a la cámara y le monto un numerito que merecerá la pena recordar mañana.